

EL ROBESPIERRE

ESPAÑOL

Amigo de las leyes.

QUESTION QUARTA.

¿DEPENDE ESPECIALMENTE DEL
general el feliz suceso de las
batallas?

Vobis arma et animus sit : mihi consilium et virtutis vestrae regimen relinquite. (Tit. Liv.)

Qui victoriam cupit, milites imbuat diligenter. Qui secundos optat eventus, dimicet arte, non casu. (Vegec.)

A vosotros las armas y el denuedo:

A mi el consejo y régimen dexadme

De vuestro gran valor....

Quien la victoria anhela, en el soldado

Infunda disciplina. Quien aspire

A favorables éxitos, con arte

Siempre ha de pelear, no por acaso.

Después de la batalla de Baylen debieron desaparecer de España todos los

franceses. Si se los hubiera perseguido con la rapidez del rayo, como dictaban la recta razon y todos los preceptos de la ciencia militar, no hubieran parado su carrera en el Ebro, sino al otro lado de los escarpados montes que separan la magnánima nacion, de la nacion voluble, decantadora acérrima de la libertad, y compuesta de sórdidos esclavos.

Quando el Austria se levantó contra el Tirano (en 809), tubimos proporcion de sacudir el yugo. La batalla de Medelin, dada á tiempo oportuno, ó con mayores fuerzas por nuestra parte, habiendo Cuesta dexado en su ejército una competente reserva, debió ser ominosa á Bonaparte en vez de serlo á nosotros. Mas una vez ganada por Victor, no debió este parar sino en Sevilla.

Sobre todo, la victoria (*estereil*) de Talavera debió sellar para siempre la prosperidad en España. Por de contado debió darse la batalla, quando se hallaba solo el cuerpo del Mariscal Victor, es decir, antes que se le reunieran el cuerpo de Sebastiani y el que mandaba en persona José Bonaparte.

Estos dos últimos cuerpos no se hubieran unido con el primero, si la Junta Central no hubiese contraordenado el movimiento del ejército de Venegas. Si fué dado el que despues de la batalla hubiesen despavoridos los tres cuerpos franceses, ¡qual fuera la derrota que hubiera sufrido el de Victor aislado! Pero cometido ya este yerro, y arrancado por fin el laurel victorioso á tres ejércitos franceses reunidos, ¿porqué Cuesta con aquella numerosa y brillante caballeria no acosó incesantemente su fuga? ¿Se hubieran reunido entónces para atacar y derrotar á Venegas? ¿Qué importa que viniese Soult por la espalda? El ejército de Wellington, y el de la izquierda (que debia haber hecho un gran movimiento en pos de Soult) eran poderosos para infundirle terror. En una palabra, Cuesta, persiguiendo sin cesar los tres cuerpos fugitivos, debió reunirse en Madrid con Venegas. Entónces ¿qué partido le quedaba que tomar á Soult? Facil es de colegir.... Apartemos la memoria de una época, en que risueña la fortuna nos brindó en copa de oro con el dulce nectar de nuestra eterna felicidad.

¿Porqué se dió la batalla de Ocaña? Era anti-militar, anti-político, anti-racional el arriesgar entónces nuestro ejército grande, en el qual se hallaba citrada la seguridad de las Andalacías. Y en caso de resolverse á dar la batalla, ¿porqué no se fió el mando del ejército a un general sabio, prudente y experimentado? Arceizaga ni aun opinion tenia entre nosotros de gran general. Serra, si se quiere, buen general de division. Yo no le quito su valor, ni sus conocimientos militares. Solo sé decir que el ejército, que él mandó, puesto en manos de un general inteligente, hubiera conseguido (sin disputa) del enemigo una victoria completa.

Un general es el alma de un ejército. A su voz todo obedece y muévase. Su buena ó mala conducta acarrea comunmente en pos de sí la pérdida ó ganancia de una batalla.

Tres años duró la guerra, que hizo á Perseo la república romana, por la mala eleccion de los tres Cónsules, á quienes entregó la direccion de sus ejércitos. Dáse el mando á Paulo Emilio, y terminala brillantemente en menos de

un año. Mas vale una buena cabeza que cien mil brazos.

¿Conviene ó no dar la batalla? Hé aquí lo que debe exâminar atentamente un general, y en ello debe apurar todo el caudal de su juicio, de su penetracion y de su prudencia. Mardonio pereció miserablemente con su ejército de trescientos mil hombres, por no haber seguido el consejo de Artabaces, quien le suplicaba que no diese el combate; y que emplease contra los griegos el oro y plata, antes que el hierro. Fué contra el dictamen del prudente Memnon haber empeñado los generales de Dario la batalla del Gránico, que dió el primer golpe al imperio de los Persas; y la monarquía universal á Alexandro Magno. La inconsiderada temeridad de Varron, no obstante las representaciones de su compañero y los consejos de Fabio, precipitó á la república en la fatal jornada de Cannás; quando una dilacion de algunas semanas hubiera acaso arruinado para siempre á Anníbal. Al contrario, Perseo perdió la ocasion de vencer á los romanos, por no haberse aprovechado del ardor de su ejército, y

no haberlos atacado prontamente después de la derrota de su caballería, que había turbado y consternado sus tropas. César era perdido, después de la batalla de Dirrachium, si Pompeyo se hubiera sabido aprovechar de su ventaja.

Hay instantes decisivos para las grandes empresas. Lo que importa es tomar prudentemente su partido, y no dexar pasar el momento favorable, que no vuelve mas, si se le dexa escapar. Todo esto depende de la prudencia del general. En un ejército están divididos los cuidados y obligaciones. La cabeza ordena, los brazos ejecutan. *Vosotros las armas y el denuedo*: (decía Oton á sus soldados) *yo pondré la prudencia y la direccion de vuestro valor*.

Todo general, (además de exâminar si se debe atacar ó mantener sobre la defensiva, y hacer su plan para uno ó para otro caso), debe tener un pleno conocimiento de la situacion topográfica del pais á donde lleva sus armas: conocer á fondo el caracter, genio, índole, usos y costumbres de sus naturales: instruirse del número y qualidad de las tropas del enemigo: sondear con mucha

maña sus ideas: tomar con tiempo las medidas capaces de frustrarlas: preveer todos los casos que pueden suceder, para disponerse á ellos: y finalmente tener todas sus resoluciones tan ocultas y disimuladas que nada se trasluzca.

En la guerra contra Filipo ¿no se ven las prudentes precauciones que tomó Paulo Emilio antes de entrar en campaña, para informarse de todo: precauciones que fueron la principal causa de la victoria que ganó á aquel Príncipe?

De estos cuidados preliminares depende el éxito de las empresas. Por ellos empezó Cyro, luego que llegó á la Côte de Cyaxares su tio, quien no habia pensado en tomar ninguna de estas medidas. Es cosa admirable ver las órdenes que dá aquel mismo Cyro antes de marchar contra el enemigo, y las particularidades inmensas de que cuida, sobre todas las cosas precisas del ejército.

Se debian atravesar, durante quince dias, paises que habian sido arruinados, y en los quales no se encontrarian víveres, ni forrages. Ordena que se lleven para veinte dias, y que los solda-

dos, en vez de cargarse de vagages; conviertan este peso en una igual carga de municiones de boca, sin embarazarse con camas ni mantas para dormir, porque la misma fatiga les haria conciliar perfectamente el sueño.

Estaban acostumbrados á beber vino: y temiendo que la mudanza repentina de bebida no los hiciese enfermar, les previno que llevasen consigo cierta cantidad de él, y que se acostumbrasen poco á poco á no necesitarlo y á contentarse con agua. Les encargó tambien que llevasen viandas saladas, molinos de mano para hacer pan, y medicamentos para los enfermos: que pusiesen en cada carro de vagage una hoz y un azadon, y en cada caballeria de carga una hacha y una guadaña, y que cuidasen de proveerse de mil cosas, que eran necesarias.

El se encargó de llevar consigo albétares, zapateros y otros artesanos, con todo género de instrumentos correspondientes á sus oficios. Finalmente mandó publicar, que todo mercader que cuidase de hacer que se llevasen víveres á el campo, le honrarian y recom-

pensarian tanto él, como sus amigos; y si alguno tubiese falta de dinero para hacer provisiones, contal que diese fiadores, y se obligase á seguir el ejército, se le asistiría con todo lo que quisiera. Una menudencia semejante (y dexo mucho) no es indigna de un general, ni de un gran príncipe como Cyro.

Se vé, por la arenga de Pericles á los atenienses, con motivo de la guerra del Peloponeso, quan excelente y sublime era en la ciencia de las armas aquel grande hombre, que gobernaba con tanta prudencia los negocios de su república, y quan vasta y profunda era su penetracion.

Arregló el estado de la guerra, no para una sola campaña, sino para todo el tiempo que durase aquella guerra; y lo arregló sobre el perfecto conocimiento que tenia y que dió á los atenienses de las fuerzas de Lacedemonia. Los determinó á contenerse en su ciudad y á sufrir el estrago de sus tierras, antes que arriesgar un combate contra un ejército mucho mas numeroso que el suyo, ínterin que él iría con su armada á ta-

48
lar todas las costas del Peloponeso. Les encargó especialmente que no emprendiesen cosa alguna fuera de su territorio, y que no pensasen en nuevas conquistas, mediante lo qual les prometia una victoria segura. Por haber despreciado este último consejo, y haber llevado sus armas á la Sicilia, se perdieron los atenienses.

¿Hay cosa mas juiciosa, ni mas bien dispuesta, que el plan (*) que formó Anníbal de ir atacar á los romanos en su propio pais?

Propuso la misma idea á Antioco, quien hubiera dado mucho que hacer á los romanos si la hubiese seguido. Pero aquel príncipe no tenía bastante extension de entendimiento, ni bastante discernimiento para comprender toda su utilidad y prudencia.

Puede ser que Alexandro fuese luego

(*) „ El plan de una expedicion de 20.000 hombres, que haga diferentes desembarcos en las costas de Francia, es á mi entender muy interesante en estas circunstancias; y formará el asunto de un Número del Robespierre. “

detenido, reducido á la hambre y obligado á volverse á su reyno, si Dario hubiese arruinado las tierras por donde debia pasar su enemigo, y si hubiese hecho una poderosa diversion en la Macedonia, como se lo aconsejaba Memnon, uno de sus generales, y uno de los mas hábiles capitanes que tubo la antigüedad.

Disponer semejantes planes no es hacer la guerra en el dia de la batalla, y como dexarlo á la fortuna, esperando que nos determine los sucesos. Es portarse como hombre grande y obrar con conocimiento de causa. Rara vez sucede que empresas, dispuestas con tanta prudencia, no tengan feliz éxito.

Entre los Cartagineses, los generales que habian sido desgraciados en la guerra, eran por lo regular castigados de muerte. Llevaban el rigor mucho mas lexos. Porque condenaban á muerte á aquel que habia tomado malas medidas, aunque hubiese tenido buen éxito (*).

(*) „ Apud carthaginenses in cruceem tolli imperatores dicuntur, si prospero eventu, pravo consilio, rem gesserunt. (Tit. Liv.) “

Entre nosotros, ¡qué contradicción! se premia la pérdida de una batalla. Ambos extremos son viciosos. Cruel cosa es castigar de muerte una desgracia, como si nunca pudiese suceder que un excelente general perdiese una batalla, sin que fuese por su culpa. Pero es mas perjudicial al Estado y mas opuesto á las reglas de la disciplina militar el que quede siempre impune el descuido ó la ignorancia de nuestros generales. ¿De qué sirven los consejos de guerra que se les hace? De nada. Pido á los representantes del pueblo, que se dignen decretar que todas las causas de los generales y xefes militares se ventilen públicamente. Pido que se les imponga la pena proporcionada al delito. Y si la pérdida de una batalla, ó entrega de una plaza, como la de Badajoz, &c. debe por todas las circunstancias castigarse de muerte, que el general culpado suba prontamente al cadalso, para escarmiento de los demás.

Cádiz 26 de Marzo de 1811. = Robespierre.

SUEÑO ROBESPIERRICO.

Acostéme anoche en mi lecho, pensando vivamente en la toma del castillo de Figueras. No bien Morfeo me habia acariciado benigno, quando mil geniecillos bélicos, revolando entorno de mí mente, le inspiraron un sueño feliz y sublime. ¡Pluguiese al Cielo que prontamente se tornase en realidad!

Soné que las Córtes habian convocado á todos los RR. Arzobispos y Obispos de España (á excepcion de los renegados), á los prelados de las religiones, y á diferentes eclesiásticos regulares y seculares de conocida virtud y talento, con el fin de formar en Cadiz un concilio general presidido por el cardinal Borbon. Celebróse velocísimamente el *Concilio Guditano*. En su primera sesion declaróse que la guerra, que hacemos los españoles á las legiones sacrílegas, no solo es guerra justa, por quanto se han atacado nuestras propiedades, nuestra libertad y nuestra independencia, sino tambien guerra de Religion; pues esta ha sido vulnerada horriblemente por esos impios, &c. Por consecuencia se

fulminó terrible excomunion contra todos los españoles seglares y eclesiásticos, que desde la edad de 16 hasta la de 50 años no tomasen las armas contra los enemigos de la Religión. Súbitamente todos fueron inflamados de un santo furor, mayor aun que el que suscitó en el dos de Mayo la atrocidad francesa.

Wellington por su lado dió buena cuenta de Massena, en términos que hizo desaparecer de todo punto su ejército. Los cuerpos de Soult, Mortier y Victor, mandados por el primero, y reunidos hácia Sevilla, estaban renitentes en abandonar para siempre sus caras Andalucías. Mas ¡ó placer! ya Wellington con su formidable ejército habia interceptado en Despeña-perros la retirada de Sebastiani. Beresford y Castaños habian hecho lo mismo con las tropas de Soult. En una palabra, todos los franceses que ocupaban la hermosa Bética tubieron que rendirse á nuestras armas triunfadoras.

Por supuesto las poblaciones de la América, que se hallaban en insurreccion, ya estaban enteramente pacificadas. Pero aun no habia podido venir

dinero, tan necesario para tanta empresa bélica. Pidiéronse entónces á Cádiz dos millones de pesos anticipados, diciéndole: „ conviene que los exércitos „ hagan movimientos rapidísimos; de estos depende la victoria. La corta cantidad que se exíge basta para rescatarnos „ la independendia absoluta. ¿Sereis sordos á los clamores de la nacion entera que os lo implora? Los pueblos „ arruinados todavia suministran lo que „ pueden. A grandes empresas, grandes „ sacrificios. Hoy es el memorable dos „ de Mayo, origen venturoso de nuestra revolucion. ¿Habeis olvidado el ultrage que se hizo á la capital: ultrage atroz, de que se resintieron todas „ las provincias, y hasta las columnas „ de Hércules retemblaron?... O hagamos „ un esfuerzo asombroso para sacudir el „ pesado yugo, ó sucumbamos de una „ vez al imperio de Bonaparte... “

Yo grité entónces enfurecido: ¡sucumbir!.... jamas. El Robespierre español se ofrece á sacar de Cádiz dupla cantidad. Autorizósele para esta comision. Vió que el pueblo de Cadiz en general es compuesto de excelentes patriotas, prontos

derramar la sangre de sus venas por conservar su amada libertad. Pero hay algunos afrancesados. A doce de estos mandé ahorcar en una noche. Al día siguiente amanecieron colgados, y en vez de dos millones de pesos que exigí, me entregaron quatro.

Con este dinero se dió un impulso admirable á nuestros exércitos. Los catalanes levantados en masa, dieron fin del exército francés que inundaba su país. En una palabra, todos los enemigos se desvanecieron como el humo. Todos quedaron en España, pero muertos, ó rendidos ó prisioneros. ¡Qué espectáculo tan hermoso formaba entónces España! ¡Qué papel tan brillante representaba en Europa! El orbe entero se hacia lenguas en loor nuestro.

Mi imaginacion arrebatada de júbilo rompió los lazos del sueño; y solo me ha dexado la dulce esperanza de que pronto se realice mi soñada profecía.

SEGUNDA EDICION.

ISLA DE LEON.

EN LA IMPRENTA DE PERIU. AÑO 1811.